

más sublimes del siglo de las luces fué el de Pestalozzi, cuando en uno de los terribles días de setiembre de 1798, al llegar, rendido de fatiga, al pueblo de Nidwalden, saqueado por los franceses, solo pensó en recoger una multitud de muchachos hambrientos y casi embrutecidos, cuyos padres habían sido inmolados, para cuidar de ellos con noble compasión, instruirlos y aliviarlos.



De todo cuanto antecede desprende que en la obra de la despreocupación se trabajaba asiduamente y de muy diverso modo; mas para imprimirla el sello de la perfección necesitábase dos hombres de gran genio, como lo fueron Gotoldo Efrain Lessing (1729-1781), de Camenz, y Manuel Kant (1724-1804) de Königsberg. El uno dirigió la marcha de la despreocupación en el terreno de la literatura nacional; el otro en el campo científico. Con justa razón se ha comparado la influencia de Voltaire en la historia de la cultura francesa con la de Lessing en la de la civilización alemana, pues uno y otro concentraron en sí todo el movimiento intelectual de la época; pero Lessing se distingue honrosamente del irónico francés por el celo con

que buscó la verdad, sólo por amor á ella. El genio crítico de la raza germánica manifestóse por primera vez y con toda su fuerza en el hijo del pastor de Oberlausitz. Lessing hizo de la crítica un arte á la vez creador y destructor: en su *Laocoonte* (1766), dió la *Magna Carta* á la filosofía artística alemana; analizando en aquel famoso libro el arte plástico y el poético según su íntimo modo de ser, determinó como esencia del último el movimiento y la acción, y completó así la idea de una poesía sencillamente descriptiva y reflexiva. La gran campaña crítica que inició en sus *Cartas literarias* contra la galomanía, fué llevada á cabo victoriosamente



EVOCACIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN DRESDE POR CAGLIOSTRO

en su *Dramaturgia* de Hamburgo. Poseído de una convicción profunda, demostró hasta la evidencia en qué contradicciones habían incurrido los franceses pagándose de aquel pseudo-clasicismo, tan ajeno al espíritu de su nacionalidad y de la época.

Lessing reconocía también la grandeza de los antiguos, y, al hablar de Shakespeare, demostró igualmente lo que sus compatriotas debían y podían esperar de los primeros y del segundo, haciendo ver que el verdadero método no consiste en la servil imitación de lo que se aprendió, sino en armonizar la experiencia obtenida con las eternas leyes de la naturaleza y con la índole de los sentimientos populares. Con esto alcanzó la independencia del arte patrio y de sus formas literarias, asegurando así la correspondencia de estas con el espíritu nacional. He dicho antes, y ahora repito, que ningún alemán culto puede hablar de Lessing sin que su corazón palpite de contento. Oponiendo la altivez germánica al orgullo francés, él fué quien pronunció estas arrogantes palabras: «Enséñenme una obra del gran Corneille que yo no sea capaz de hacer mejor.» Y demostró con los hechos que podía hablar así. Ya en 1755 opuso á las ampulosas declamaciones del drama francés y afrancesado la realidad de la vida del pueblo en su *Sarah*

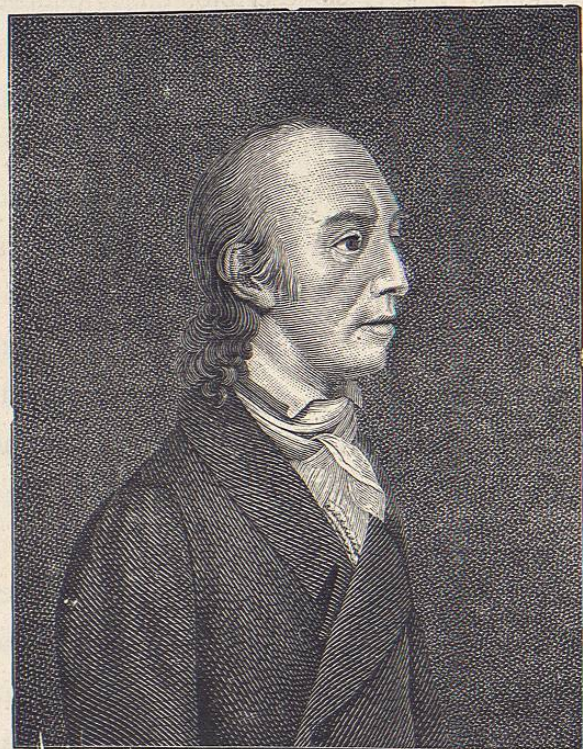
Sampson; en 1763 enriquecía la literatura con una comedia clásica titulada *Mina de Barnhelm*; y en 1772 compuso la primera tragedia alemana que mereciese este nombre, *Emilia Galotti*. Libertador intelectual de su pueblo, erudito, investigador, crítico y poeta, Lessing era un grande hombre. Jamás un pensamiento vulgar penetró en su sencillo y noble corazón, y sólo una vez el valeroso campeón profirió un grito ahogado de angustia, cuando la parca le arrebató prematuramente la mujer que amaba. El torrente fresco, límpido y vigoroso de sanos pensamientos concebidos por este hombre venerable penetró hasta los más reconditos ángulos del establo de Augias, purificándolo todo; siempre en su puesto, siempre preparado á combatir, supo aumentar el efecto de su palabra, tanto en las alabanzas como en las censuras, con su noble dignidad. Fija siempre la vista en la luz de la razón, avanzaba hollando bajo sus piés las heces del oscurantismo, pisoteando á diestro y siniestro el convencionalismo y la barbarie, y dando siempre ejemplo para que sirviese de estímulo. Ha sido el primer hombre verdaderamente libre pensador y artista de Alemania; no hablaba nunca de su amor á la patria, pero demostrábalo á cada momento, y Alemania no agotaba la plenitud de su cariño. Aquel sentimiento «que hace considerar la causa de la humanidad como propia é interesarse en su destino,» henchía su corazón, é inspiróle, para brillante término de su carrera, el magnífico poema de *Nathan el sabio*, sublime canto del humanitarismo que formó época, por haber introducido y adoptado en la poesía dramática alemana el verso pentamétrico y yámbico. En resumen, Lessing ha presentado el modelo del clasicismo alemán, enseñando á llenar las bellas y proporcionadas formas helénicas con el espíritu y el alma alemanas, con la esencia germánica. Este moderno helenismo que con Goethe y Schiller llegó á su perfeccionamiento, tenía sus defectos, como todas las cosas humanas; mas á pesar de esto, el nuevo helenismo hizo de los alemanes hombres libres, y como tales, capaces también de ser ciudadanos libres.... Al propio tiempo que el ilustre bibliotecario de Wolfenbützel llenaba su noble cometido, un hombre de mezquino aspecto que residía en Königsberg dedicándose con la mayor tranquilidad á la observación, con una constancia que rayaba en pedantería, y á quien nadie creía, á juzgar por su aspecto pulcro y por su gran prudencia, el mayor revolucionario del siglo de la revolución, dió á conocer desde su tranquilo gabinete de estudio, lanzándolos al mundo, aquellos trabajos de profundo pensador que se titulaban: *Crítica de la razón pura* (1781); *Crítica de la razón práctica* (1785); *Crítica del juicio* (1787), obras que como el *Sistema del idealismo crítico* han atacado titánicamente el Olimpo cristiano, invirtiendo completamente las ideas que habían prevalecido hasta entonces; es decir, presentando á Dios como una exigencia de la razón práctica, como algo cuya existencia no se podía demostrar teóricamente, y al mundo como una finalidad de nuestro esfuerzo.

Cuando Kant elevaba á la esfera de la más rigurosa ciencia la solución de los más altos problemas del escepticismo, reconoció que debía comenzar á pensar de nuevo, es decir, á remontarse á las fuentes de nuestros conocimientos para conseguir, apoyándose en su base, la posibilidad de que el reino del saber fuera del todo independiente del material de la llamada fe revelada. El exámen de los fundamentos capitales de los conocimientos del hombre condújole al resultado de que no era la observación suficiente para apreciar la esencia de las cosas, sino la subjetividad humana, el *yo* consciente. En la filosofía de Kant, este *yo* es el centro del cual

dependen las cosas como objetivos del *yo* inteligente. De la insuficiencia de la fuerza observadora para reconocer la naturaleza esencial de aquellas, Kant deduce despues que andamos á tientas en la oscuridad, si traspasando los límites del mundo visible penetramos en el de lo sobrenatural, y de consiguiente que nuestras ideas sobre este último son meras fantasmagorías, suposiciones arbitrarias de cosas que no se puede probar si existen ó no, y de las que no se sabe ni se puede saber nada. Tal fué el ataque que sufrió el Olimpo cristiano con la *Crítica de la razón pura*; pero una vez en las alturas de lo sublime á que le trasportó su vigorosa lógica, el gran pensador, al ver desde allí á sus pobres y débiles contemporáneos, sintióse poseído de humana conmiseración; y por eso escribió, encogiéndose de hombros, la *Razón práctica*, afirmando lo que había negado, porque la razón práctica, dice Kant, no queda satisfecha de los argumentos aducidos por la razón pura, puesto que la primera tiende á determinar la voluntad humana en el obrar. El deber de la voluntad consiste en observar la sublime ley moral que dice: «Obra en todo tiempo según principios que puedan ser leyes generales»; y la obligación de esta ley moral se manifiesta como «imperativo categórico,» ó sea bajo la forma del imperioso deber. Si sometemos nuestros instintos é inclinaciones al deber impuesto por el imperativo categórico, y que debe cumplirse por ser tal, somos virtuosos; mas para ofrecer á la virtud su equivalente necesario, la razón práctica manda restablecer lo que fué suprimido por la razón pura, ó sea la idea de Dios y la fe en la inmortalidad. Bien se ve que cuando el sabio de Königsberg dedujo las conclusiones prácticas de su sistema plegó las alas de su genio; pero de todos modos la filosofía de Kant fué la base en que se asentaron para lo futuro la ciencia y el arte alemanes. Esa filosofía tiene un poder y fuerza moral incomparables; en todo cuanto el pueblo hizo de bueno y excelente en aquella época se percibe el aliento del espíritu de Kant. Todos los filósofos alemanes que le sucedieron se apoyaron en aquel gigante, y los que creyeron poder prescindir de su apoyo, intentando derribarle, sólo fueron sofistas, no filósofos.

De lo sublime á lo ridículo no hubo jamás ni habrá nunca más que un paso. Precisamente cuando la despreocupación alcanzaba la más hermosa palma en el mundo católico con la supresión de la orden de los Jesuitas por el Papa Clemente XIV (1773); cuando en el mundo protestante se celebraba el más alto triunfo científico por el trabajo de Kant *Crítica de la razón pura*, y el no ménos notable, bajo el punto de vista artístico, el *Nathan* de Lessing, la sociedad alemana, así como toda la de Europa, era presa de un contagio moral que tenía cierta semejanza con las aberraciones intelectuales de la Edad media: era la manía por lo maravilloso, la cual tuvo por consecuencia que junto á los grandes rasgos de la despreocupación figuraran los más torpes milagros del oscurantismo. A que se creyera en la posibilidad de todo lo maravilloso contribuyó por una parte la falsa doctrina de la fuerza curativa del magnetismo, puesta en moda por Mesmer, y por otra la degeneración de la francmasonería, que debía su origen á las hermandades de albañiles de la Edad media en Inglaterra, donde se regularizó en 1717. Muy pronto se difundió en el continente, tanto, que á mediados del siglo no había en Alemania ciudad de alguna importancia que no tuviera su «logia.» En la francmasonería, la idea deista humanitaria, ó sea el buen espíritu de la época, luchaba con la forma social, que en aquel estado de cosas no podía ser otra sino la de una sociedad secreta; pero esta sociedad llegó á

ser pronto un secreto público, pues todos sabían que los hombres más notables de la nación, como Federico el Grande, Wieland, Herder, Goethe y Carlos Augusto de Weimar eran francmasones. Inconscientemente al principio, y sabiendo muy bien después lo que hacían los francmasones se opusieron á la gran organización del oscurantismo, al jesuitismo; pero los hijos de Loyola eran más listos que los del gran «arquitecto del universo.» Prácticos en toda clase de intrigas, los jesuitas, ya ántes de haber sido suprimida su orden por el Papa, y también después, supieron introducir en la francmasonería elementos hostiles para poder combatir y vencer al enemigo en sus propias trincheras. Estos elementos no eran otra cosa sino traficantes



VOH

en misterios, hacedores de milagros que practicaban en gran escala el arte de engañar y embaucar.

La enfermedad del tiempo, es decir, el amor al misterio, hijo de un fanatismo religioso, de un sentimentalismo exagerado, y el excesivo deseo de saber, juntamente con la afición á lo sobrenatural, requería que se hicieran milagros á toda costa, y no faltaron mágicos que los realizaran. Muy instructiva por este concepto fué la carrera del siciliano José Balsamo (conde de Cagliostro por gracia propia), cuyos triunfos comenzaron en Miatou, en los círculos aristocráticos de Curlandia. Una noble dama alemana, Isabel de Recke, que al principio fué su más entusiasta admiradora, convirtiéndose después en la más enérgica delatora de aquel audaz charlatan. Los procedimientos del antiguo cafetero de Leipzig, y de Schepfer, que más tarde fué su adepto, demostraron cuántos torpes engaños habían sido ciegamente creídos por la sociedad más distinguida. La evocación de los espíritus, practicada por Cagliostro en una noche de febrero de 1773, en Dresde, con ridículo espanto de los espectadores, es una escena característica del siglo de la despreocupación, la cual nos da á conocer cuán superficial era esta muchas veces en el «gran mundo.» No obstante, los hermanos que se habían mantenido fieles al

espíritu á la primitiva idea de la orden, opusieron al fin una sabia resistencia contra el falseamiento jesuítico oscurantista de la francmasonería con el «sistema de la estricta observancia,» con la *rosenkreuzeria* y otros absurdos semejantes. Los jefes del movimiento de resistencia, Bode y Knigge, convencidos de que el verdadero francmason debía ser enemigo jurado de toda superstición y despotismo, consiguieron en 1782, al reunirse la gran asamblea de los masones libres en Wilhemsbad, cerca de Hanau, una reforma y purificación de la sociedad, cuyos principios fundamentales se han conservado después en las logias alemanas. Algunos años ántes habíase intentado en la Germania meridional formar con la francmasonería una sociedad secreta que debía ser esencialmente agresiva en favor del progreso: tal fué la orden de los «Iluminados»



HERDER



GOETHE

fundada en Ingolstadt en 1776 por el profesor Veishaupt y el estudiante Zwach, orden que se extendió rápidamente en Baviera y Austria, encontrando partidarios hasta en el Tirol. Sin embargo, ántes que se pudiese hablar seriamente de su influencia iluminadora en aquellas tenebrosas regiones, la secta hubo de sucumbir por la furiosa persecución promovida por los jesuitas de levita y de sotana, que dominaban en la corte y el gabinete del disoluto elector Carlos Teodoro. En Austria sucumbió la idea despreocupadora en la tempestad reaccionaria que se produjo después de la muerte de José II, bajo la regencia de Leopoldo II. En rigor, el daño no era grande, pues en suma, aquella sociedad secreta era más bien un juego ingenioso, una «puerilidad sublime,» como decía Federico el Grande, que no un trabajo civilizador formal; ni podía ser esto tampoco, porque el aparato misterioso, que era el elemento principal para la mayoría de los iluminados y de los francmasones, no se avenía con el espíritu moderno, cuya alma es la publicidad. Mejor inspirados estuvieron aquellos patriotas suizos que en marzo de 1762 reuniéronse en Schinznach, en Argovia, para fundar la famosa «Sociedad helvética,» que tenía por objeto «aunar los sentimientos de comunidad dispersos é inflamar nuevamente el espíritu público amortiguado,» y que trabajó en este sentido con tanto celo como brillante éxito. La Sociedad helvética dió uno de los primeros y más envidiables ejemplos de la importancia de las asociaciones en la vida moderna. Sin embargo, á pesar de este gran motor de la